LIBROS Y COMEDIAS
LUIS MILLÁ
S. Pablo 21
BARCELONA

5062

LA PRIMERA NOCHE,

JUGUETE

EN UN ACTO, ESCRITO EN VERSO

POR

D. PEDRO JOSÉ MORENO.

Representado por primera vez en el Teatro de NOVEDADES de Madrid el 2 de Enero de 1885.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, principal.

1885.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA.....	SRTA. CAMPINI.
DOÑA ANGUSTIAS.....	SRA. ALVERÁ.
JUANA.....	SRTA. HUERTAS.
DON ROQUE.....	SR. GARCÍA (D. José).
EMILIO.....	VENEGAS.
MANUEL.....	SALGADO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL APLAUDIDÍSIMO PRIMER ACTOR

SR. D. JOSÉ GARCÍA.

Tributo de amistad y reconocimiento.

PEDRO J. MORENO.

A su cariñoso y buen amigo y ilmo. el aplaudido 1er actor cómico D. José García Morales su afmo.

ACTO ÚNICO.

Sala lujosamente adornada. En la parte izquierda del fondo cama con preciosas colgaduras. Á su lado mesa de noche, y encima de ella un globito con luz; dentro un par de botas. Á la derecha, en primer término, chimenea con todos sus útiles, y sobre el mármol gran espejo, candelabros con velas, una botella con agua, un vaso y un revólver. En segundo término un gran armario, y en tercero, siempre de la derecha, puerta con llave y cerradura. Á la izquierda puerta en primer término, y en segundo un balcon con cristales y cortinillas.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL y JUANA por el foro.

JUANA. Manuel, vienes asustado:
cuéntame lo que te pasa.
Entrar así... ¡Son las doce!
MAN. ¡Juanita de mis entrañas!
JUANA. Á tales horas te hacía
en San Francisco.
MAN. ¡Ya baja!
En San... no me hables de santos.
JUANA. ¿No?
MAN. Me gustan más las santas.
(Abrazándola.)

JUANA. Que estoy sola. Estáte quieto.
MAN. De encontrarte acompañada
no me atrevería yo;
cada uno tiene sus mañas,
y á mi la gente me asusta.
¿En dónde está doña Paca?
JUANA. Por esos mundos.
MAN. ¿Qué dices?
JUANA. En tantos dias que faltas
de Madrid...
MAN. Ya ves, la quinta...
JUANA. Se ha trastornado la casa.
MAN. Mujer, ¿qué me estás diciendo?
JUANA. Ya sabes tú que mi ama
vivía aquí con su marido...
MAN. Don Roque.
JUANA. Que la adoraba.
MAN. ¿Y cómo no? Es viejo, feo,
y con peluca... ¡Ya es ganga!
JUANA. Por eso á verla en secreto
venía un primo...
MAN. No me extraña.
Hay tanto primo en Madrid...
¿Tienes tú parientes, Juana?
JUANA. Tengo... más vale callar.
MAN. Si es una broma.
JUANA. Pesada.
MAN. Sé muy bien que mi Juanita...
sólo piensa en esta cara.
La que tiene por *presunto*
á un chico de mi importancia,
guapo, tunante, gracioso,
y además con esta facha...
JUANA. Alábate, soles...
MAN. ¡Digo!...
me parece...
JUANA. ¡Vamos, calla!
Si ese rostro, no es un rostro,
que es un castigo, una plaga.
MAN. Bueno; sigue tu relato.
JUANA. Aquella misma mañana
que fuiste al pueblo á traer

los papeles, volvió á casa
don Roque, así... de improviso.
Sin ruido entró en la sala,
y...

MAN. ¡Malo! ¡malo!

JUANA. ¡Qué voces! ¡qué alboroto!
¡qué algazara!
¡Pillo! le decía ella.
¡Tirano! el primo gritaba.
¡Infiel!

MAN. ¿Infiel le decía?

JUANA. ¡Eres un tuno, un canalla!
Nada se ha podido ver,
la puerta estaba entornada.
Él, pues haberla cerrado.
Ella, no me dió la gana.
Y armado de su maleta
el buen don Roque se marcha...

MAN. ¿Adónde?

JUANA. Á Roma nos dijo.

MAN. ¿Á Roma?

JUANA. Para que el Papa
le otorgara su perdon
y tambien á doña Paca.
(Despues de una pausa.)

MAN. ¿Es soltero el Padre Santo?

JUANA. ¡Miren que pregunta sándia!
¿No ha de serlo?

MAN. Pues entónces
que se dé por perdonada

JUANA. Así lo creo. Y tú, vete.
Si el amo viene y te halla...

MAN. ¿No dices que se ha marchado?

JUANA. Sí es el otro.

MAN. ¿Otro? ¡Caramba!
explícate.

JUANA. La señora
tomó el camino de Italia
en busca de su marido,
confiándome la casa,
y yo le cedí en arriendo,
solo por una semana,

á dos jóvenes, dichosos,
que en esta noche se casan.

MAN. ¿Esta noche?... ¡Ay, mi Juanita!

JUANA. Ahora es preciso te vayas...
Si de pronto...

MAN. ¿Cómo irme?
¿No sabes que si me atrapan
voy de aquí á la prevencion
y de allí al Campo de Guardias?

JUANA. ¿Por qué delito?

MAN. ¡Soy prófugo!

JUANA. ¿Tú?

MAN. Severa es la ordenanza.
Turún, tun, tun; cuatro tiros
por cualquier cosa, por nada.
Me fuí sólo á la Latina.

JUANA. ¿Y qué es eso?

MAN. Donde marcan.
El tio me dijo en el pueblo:
véte sin cuidado, mándria
que no llegas al tornillo.
Quítate las medias, ráspa-
te la cabeza y tranquilo
puedes volver á tu casa.
Y mira cómo me puse;
como un melon.
(Enseña la cabeza rapada por la parte superior.)

JUANA. ¡Uy, qué calva!
¡y este hombre quiere casarse!

MAN. Creo no importará nada
tener más ó ménos pelo,
mientras tenga grande el alma.

JUANA. Eso es verdad.

MAN. Me presento,
y un sargentazo me talla,
y me sacó... ¿qué dirás
que me sacó?

JUANA. ¡Qué bobada!
¿La lengua?

MAN. No, ¡cinco piés!

JUANA. ¡Jesús! Cuatro no me extraña,
porque algunas veces tú...

MAN. ¡Cinco piés y seis pulgadas!
Despues me estiran un brazo,
y de una pierna me agarran;
me abren la boca, los ojos,
me pegan en las espaldas,
en la cabeza, en el pecho,
en la rodilla, en las tabas;
dándome luego por útil;
¡por útil! es decir, Juana,
que ya me puedo casar,
porque el gobierno declara
que soy sanote, robusto,
y de toda confianza.

JUANA. ¿Casarte, y eres soldado?

MAN. ¿Yo, soldado? No faltaba...
Viendo que por el fusil
iba á trocar esa cara,
por el cuartel esos ojos,
y por el rancho, esa gracia;
llegué hasta la puerta y dije:
«Lo que es á mí, no me agarran.»
¡Doble derecha; de frente,
y me escurrí y buenas Páscuas.

JUANA. ¡Dios mio! ¿y si te fusilan?

MAN. Sería una broma pesada.
(Suena la campanilla.)

JUANA. Están llamando.

MAN. ¡El sargento
que me busca! ¡Vírgen Santa!
Escóndeme.

JUANA. En la cocina.

MAN. ¿Voy á dormir con la gata?

JUANA. Pues súbete á la guardilla.

MAN. ¿No te parece muy alta?

JUANA. En el balcon.

MAN. Hará frio.

JUANA. Pues en medio de la plaza.

MAN. ¿No fuera mejor tu cuarto?

JUANA. En mi cuarto no entran ratas.
(Campanilla fuerte.)
Que siguen llamando. Adentro.

MAN. Dáme un abrazo.

JUANA. (Rechazándole.) Despacha.
MAN. Uno sólo. (La abraza.)
JUANA. Tómale. (Le da un bofeton.)
MAN. ¡Uy! qué mano tan pesada.
(Le encierra puerta de la derecha. Váse con luz por el foro.)

ESCENA II.

Esta queda á oscuras; MANUEL asoma la cabeza por la puerta que creyó haber cerrado Juana, y dice:

MAN. La llave en falso ha dejado.
Si yo pudiera escurrirme...
no por nada... por reirme
cuando me hallase á su lado.
(Viendo que llega gente, se esconde y cierra despues de decir:)
Ya no es tiempo.

ESCENA III.

EMILIO vestido de frac, y JUANA.

EMILIO. ¡Es por demás!
Has tardado media hora.
JUANA. ¿No duerme aquí la señora?
EMILIO. Pues no faltaría más.
Vengo á llevarla un abrigo,
no está léjos, y en el coche,
ántes que avance la noche,
me la traeré conmigo.
No quiero hacerla aguardar.
Ay, deliciosas cortinas
(Corre al lecho cantando: al correr le duelen los piés.)
Mujer, dáme otras botinas
porque no puedo aguantar...
JUANA. Son nuevas...
EMILIO. Como es razon.
Frac, chaleco, todo nuevo!
Si hoy que me caso no estreno.

¿Cuándo mejor ocasion? (Canta otra vez).

JUANA. (Que ha sacado las botas de la mesita.)
Tome usted.

EMILIO. Están lucidos
los pesimistas malvados
que afirman ser desgraciados
casi todos los maridos.
¡Yo soy feliz!
(Sacándose una bota.) ¡Qué dolor!
¡Qué calzado!—Pues no es nada;
tener una esposa honrada
y ser su *primer amor*.
¡Ah, qué gusto! Esto es hermoso.
(Taconea con las botas viejas.)
Con sus primeras miradas
y estas botinas usadas
voy á ser muy venturoso.
¡Ajajá! Canta victoria,
Emilio. Esto era preciso...
Ahora entro en el Paraiso...
y luégo entraré en la Gloria.
(Mirando á la cama.)

JUANA. ¿Tardará la señorita?

EMILIO. El baile está al concluir,
pero no pude sufrir...
Tardaremos media horita.

JUANA. Sobra tiempo.

EMILIO. No lo veo.
Es la una; á las seis nos vamos;
por pronto que nos durmamos
ya será tarde.

JUANA. ¡Lo creo!

EMILIO. Si mi suegra no la deja
y la quiere acompañar...

JUANA. No sería de extrañar,
porque al fin...

EMILIO. (Dichosa vieja.)

JUANA. Es su madre; más despues...

EMILIO. Deme el abrigo, prontito.

JUANA. Querrá quedarse solito
con doña Aurora.

EMILIO. Ya ves.

Conque márchate á acostar.

JUANA. ¿Cómo, señor?

EMILIO. ¡Qué te acuestes!
no quiero que te molestes
teniendo que madrugar.
La llave vá prevenida
porque acaso tardaremos:
para cuando regresemos,
ya puedes estar dormida.

JUANA. ¿Y si de pronto me llama,
ó al regresar necesita?...
Por hoy es mi señorita,
á quién respeto por ama.

EMILIO. Dale; que te acuestes digo.

JUANA. Le ruego á usted que medite...

EMILIO. Para lo que necesite
ya le sobrará conmigo.
(Mira á la cama y se vá cantando.)

ESCENA IV.

JUANA.

Está loco, de remate;
más es fuerza obedecer.
Á poco de amanecer
les serviré el chocolate.
Dejemos cerca de aquí
agua; ¡mucha agua! el calor
puede dar sed al señor.
La luz colocada así.
(Hace lo que indica el diálogo, despues contempla la cama.)
Anda; si parece un cielo.
¡Qué blando! ¡qué repulido!
Es lo que se llama un nido
de palomas... en el celo.
(Dirigiéndose al cuarto de Manuel.)
¿Se habrá este dormido?
(Se detiene de pronto.) ¡Atrás!
Me quiere de corazon.

pero no es una razon
porque me estimo yo más.
Fuera pesada la broma,
(Marchándose hácia el foro por donde hace mútis.)
y así del peligro huyo.
Yo en mi cuarto, él en el suyo.
Bien está San Pedro en Roma.

ESCENA V.

Esta queda alumbrada por la luz de la mesa de noche. Pausa. Se oye el ruido de una llave, y á poco sale D. ROQUE por el foro con un saco-maleta en la mano. Entra con temor.

¡Dioses Penates, salud!
—Ya estoy aquí arrepentido.
¿Cómo dudar he podido
de Paca y de su virtud?
Porque un primo venga á casa
no es motivo suficiente...
Estuve muy imprudente.
Eso á cualquiera le pasa.
(Dirigiendo la palabra al lecho como si estuviera en él su esposa.)
Ya Roque vuelve á tus brazos
con esta llave del piso.
La sorprendo de improviso
y la doy dos mil abrazos.
(Se acerca de puntillas á la cama.)
¡Oiga! Cama primorosa
y nueva la que estoy viendo.
¡En ella estará durmiendo
cándidamente mi esposa!
(Levanta las colgaduras con precaucion.)
No está, y de sonar acaba
la una. Mas no hay cuidado;
ya se me habia olvidado
que vuelve tarde de Eslava.
Es su pasion, su placer:
allí rie, se divierte...
Vamos, que he tenido suerte

con semejante mujer.
Qué escena tan singular
la otra mañana... Y yo fuí
el culpable, pues volví
y me entré sin avisar.
Ellos no vieron la maña
cuando les dije furioso:
¡Esto es vil, es horroroso!
Hoy mismo salgo de España.
Más por no echar por la trocha
formé un proyecto magnífico;
que fué marcharme al Pacífico;
al Pacífico de Atocha.
Y allí á solas medité
que su accion es disculpable.
Es tan bella, tan amable,
que por fin la perdoné.
(Dirigiéndose á uno del público.)
¿Qué no hice bien? ¡Qué bromazo!
Pues así lo quiero yo;
y si dice usted que nó
le sacudo un maletazo.
(Al amenazarle con la maleta, suena dentro de la misma un gran ruido.—Pausa.)
Yo tengo acá mis razones.
No he permanecido ocioso
porque he estado haciendo el oso
debajo de esos balcones,
y he visto que es decorosa
su conducta... y me lastimo...
(Se pasea como ofendido y dice de pronto.)
¡Aquí solo ha entrado el primo!
¡Pues no faltaba otra cosa!
(Mirando á todas partes como buscando algo.)
¿Dónde estará la doncella?
Durmiendo tal vez se halle,
ó habrá salido á la calle,
ó acaso estará con ella.
(Mirando hácia la puerta como esperando á su esposa.)
Va á sorprender el halcon
á la cándida paloma.

Graciosa será la broma.
(Como concibiendo de pronto la idea.)
Me esconderé en el balcon.
(Le abre y estornuda: se sube el cuello del gaban.)
¡Chis! entra un viento fresquillo
á pesar de los cristales.
Será un remedio á mis males
porque estoy sofocadillo.
(Entra y cierra, despues de mirar á la cama.)

ESCENA VI.

AURORA, EMILIO, ANGUSTIAS.

Esta viene muy afligida, con el pañuelo en los ojos: no habla nada, pero llora mucho y suspira. Emilio trae un fósforo en la mano izquierda y del brazo derecho á su suegra, y ésta del brazo derecho de Aurora, que viste de novia.

EMILIO. Por aquí. Vamos, más calma, (Llora y gime.)
Doña Angustias, más valor!
AURORA. ¡La matará su dolor!
¡Madre, madre de mi alma!
(Gime, llora y suspira.)
EMILIO. Siéntese usted. (Qué mareo.)
Esto á las hijas les pasa.
Mejor estará en su casa.
¿Esta contenta? (Pequeña pausa.)
(Contesta que sí con la cabeza, pero se lleva el pañuelo á los ojos.)
Lo veo.
AURORA. Otra vez llora la pobre.
Si me quiere con locura;
consúelala.
EMILIO. (Si esto dura
no habrá paciencia que sobre.)
(Con cariño forzoso.)
Mamaita... (de mi mujer)
nada tema por su hija.
(Doña Angustias llora.)
No llore más ni se aflija.

(Sigue llorando, pero sin interrumpir la representacion.)
Cumpliré con mi deber
de marido cariñoso,
bueno, galante, cortés:
Aurora verá despues
si soy dulce y obsequioso
y rendido...

ANG. ¡Ay!

AURORA. ¿Se desmaya?

EMILIO. (La envidia que la sofoca.)

AURORA. ¿Que dices?

EMILIO. No abrí la boca...
(Hace señas á su mujer para que se vaya su madre.)

AURORA. ¡No seas impaciente, vaya!
(Llora muy fuerte; convulsiva.)
Los nervios...

EMILIO. Si es tan nerviosa
¿por qué ha querido venir?
¿No fuera mejor dormir
y dejarme con mi esposa?
(Demuestra deseos de marchar.)
Discreta resolucion,
el brazo y á la camita.
Cuando llegue usté á casita
tome una disolucion
(de arsénico) una tisana;
buenas friegas de alcanfor,
jarabe de malva flor,
con tila ó con valeriana,
y diez minutos despues
pone á quemar dos ladrillos...
(que le abrasen los tobillos
y la achicharren los piés.)
y la juro, por el cielo,
(que en un mes no puede andar)
que al punto se vá á curar
y está usded mañana al pelo.
(Doña Angustias da un paso para salir, abraza á su hijo y cae de nuevo llorando. Pausa.)

AURORA. Emilio, es muy doloroso...

un favor... es el primero.

EMILIO. ¿Tú? ¡Pídeme el mundo entero!
¿Qué te negará tu esposo
en tal noche, si te ama?

AURORA. ¿Sabes qué he pensado?

EMILIO. No.

AURORA. Que durmamos mamá y yo
juntitas en esta cama.
(Se queda mirándole. Una pausa muy larga.)

EMILIO. No está mal pensado, pues.

AURORA. ¿Te parece que es prudente?

EMILIO. Sólo hay un inconveniente;
que no cabremos los tres.

AURORA. ¿Tú con las dos? No está mala
la ocurrencia. Que no puedas...
por esta noche te quedas
en el sofá de la sala. (Otra pausa.)

EMILIO. Otro proyecto mejor.
Me voy casa de mis tias
y vuelvo á los ocho dias,
si ha pasado su dolor,
ó si no dentro de un mes.
(Doña Angustias hace demostracion de que se quiere marchar.)

AURORA. No: ya está más animada,
y hasta parece aliviada.
¿Quiere usted marcharse?
¿Ves? (Indica que sí.)

EMILIO. (Surtió efecto el sinapismo.)
(Se levanta resuelta á marcharse; el mismo juego de ántes y cae en la butaca.)

AURORA. ¡Dios mio, vá á perecer!

EMILIO. Vamos, le voy á romper
á esta señora el bautismo.
(Aurora llora al lado de su madre, todo muy bajo para no interrumpir.)
Las madres que aquesto vean
la compadecen, seguro.
Pues señoras, yo las juro
que es fingido, no la crean.
Es la viudez y el flato
lo que la tiene nerviosa;

recuerda que ha sido esposa
y nos está dando el rato.
(Con tonillo de humildad.)
Mama, yo idolatro á Aurora.
(La señora llora y gime.)
Que se vá á poner peor.
(Lloran las dos mucho.)
(Si reventara, señor.)
(Viendo el enojo de Emilio se levanta resuelta.)

EMILIO. (Corriendo á darle el brazo.)
Al fin; (¡Bendita la hora!)
(Llegan hasta el foro, ve la cama y rompe en el llanto mayor.)

AURORA. Que la dá otra vez; espera.

EMILIO. ¡Que la dé!

AURORA. Mamá, yo siento...

EMILIO. (Si no se larga al momento
la tiro por la escalera.)
(La saca de escena como de reata tirando de ella.)

ESCENA VII.

D. ROQUE saliendo del balcon.

ROQUE. Dormido entre los cristales,
me he figurado sentir
que lloraban y gemían.
¿Lorará, acaso, por mí
la esposa de mis entrañas?
¿Su corazon juvenil
le anunciará mi venida?
Luz encendida hay allí;
luégo es señal que ha llegado
y no tardará en venir
á esta sala. ¡Qué sorpresa
cuando se presente aquí!
Yo deseo una emocion
fuerte... Vamos, un ardid...
(Despues de reflexionar.)
—¡Ya le tengo! En nuestra cama
me zambullo, con el fin
que, al levantar las cortinas,

exclame: «¿Quién anda ahí?»
—¡Socorro!—Soy tu marido.—
¿Tú mi esposo?—El mismo, sí,
que conoce tu inocencia,
te perdona y á vivir.
(Desde que concibe la idea de ocultarse en la cama, se empieza á desnudar de un modo conveniente, dejando las botas y la ropa cerca de la cama y mirando á la puerta del foro como para no ser sorprendido.)
¡Qué gran golpe de teatro!
Adentro, que ya está aquí.
(Se mete en la cama por detrás de las cortinas, donde se quita el pantalon. Desde la cama lo cuelga en una silla que habrá delante; despues cierra el cortinaje. Fuera ya de la vista del público se pone en la cabeza un pañuelo blanco de puntas.)

ESCENA VIII.

D. ROQUE en la cama, y AURORA que sale con una luz, la cual apaga. En escena hay dos luces; una en la chimenea y otra en la mesita.

AURORA. ¡Pobre madre! Su dolor
se aumentará con la ausencia.
Yo no debía, en conciencia
permitir... Siento un rubor...
un susto... Si esto me dura...
sola, con Emilio al lado...
Sin embargo, no es pecado,
segun nos ha dicho el cura.
Entónces... ¿por qué la pena
de mamita y su quebranto?
Mi esposo me quiere tanto
que hará dulce esta cadena.
(Se quita algunos adornos delante del espejo.)
Adios galas, adios traje
conque he sido tan dichosa:
esta tela vaporosa
no está bien para un viaje.
Mucho tenemos que hacer.

Mucho tiempo hemos perdido.
He de cambiar de vestido,
salir al amanecer...
asistir juntos á misa
de casada, y luégo al coche...
Nada, señor; esta noche
tenemos que andar de prisa.
(D. Roque asoma la cabeza por entre las colgaduras.)

ROQUE. ¿Si acabará de venir?
Pero, ¿qué miro? ¡No es ella!

AURORA. ¿Dónde estará la doncella?
Se habrá marchado á dormir.
Si Emilio tarda, es preciso...
Qué noche de matrimonio.
(Bagando por la escena.)

ROQUE. Lo va á enredar el demonio.
¡Se acerca! ¡Qué compromiso!

AURORA. ¡Qué impaciencia!

ROQUE. Y es hermosa.
El *quid pro quo* es gracioso.
¿Quién será?

AURORA. Tarda mi esposo.

ROQUE. Pero señor, ¿y mi esposa?
¿Si habrá dejado la casa?

AURORA. ¿Si no pensará venir
ó se querrá divertir?

ROQUE. Esto á mí sólo me pasa.
Como yo logre cojer
los pantalones...

AURORA. ¡Dios mio!

ROQUE. Hago con la ropa un lío
y no paro de correr.

AURORA. No vuelve; se fué enfadado
y me hace desesperar.
(D. Roque extiende el brazo para cojer el pantalon, y deja caer un trasto de la mesita de noche.)
Ahora he creido escuchar...
Hácia allí un golpe ha sonado.
(Al mirar á la cama ve cerrar las colgaduras.)
¡Él es! Vengarse pretende...
¡De puntillitas entró

y en la cama se metió!
Pero, señor, ¿no comprende?
¿Acaso puede olvidar
mi posicion... siendo hoy?...
Yo le juro por quien soy
que me las ha de pagar.
Dárele la *bona sera*
y á otra habitacion me iré
sola.

ROQUE. Yo me ingeniaré
para tomar la escalera,
porque si viene el marido
y sin escuchar razones
me tira por los balcones,
vive Dios que me he lucido.
(Mientras Aurora toma la luz y con ella va á la cama apaga don Roque la suya y cruza el cortinaje.)

AURORA. Buenas noches, *mio caro*,
y hasta mañana.

ROQUE. (Saca la cabeza por las cortinas, le apaga la luz, y fingiendo la voz, dice:)
Corriente.

AURORA. Eres un impertinente.
(Se retira disgustada. D. Roque sale de la cama y busca á tientas su ropa. Aurora dice reflexionando.)
Pues señor, esto es muy raro.
Poco de estas cosas sé,
pero me dice mi instinto
que es un proceder distinto
del que yo me figuré.

ROQUE. (Encuentra la ropa y se pone chaleco y levita.)
Aquí está.

AURORA. De frio estoy yerta:
pero aunque se ponga en cruz... (Pausa.)
Vamos, enciende la luz...

ROQUE. (Deja que tome la puerta.)

AURORA. Desorientada me hallo.

ROQUE. (Bagando ambos por la escena.)
Y yo sin oriente estoy.

AURORA. Si no la enciendes me voy. (Pausa.)
¿Qué respondes?

ROQUE. Que me callo.

Aquí hay una. (Por una bota que se pone.)
Mas no es mia:
ni entra ni sale.
(Tienta por el suelo y halla otras dos.)
¡Gran Dios!
Aquí tropiezo con dos.
¿Es una zapatería?
(Anda con un pie descalzo y otro á medio calzar.)

AURORA. (Buscando una reconciliacion.)
¿Y mamá? Estoy con cuidado.
¿Se encuentra más aliviada?

ROQUE. (Sin saber lo que dice y con voz ronca.)
Buena, no le duele nada.

AURORA. (Con mucha solicitud buscándole por la escena.)
Lo ves; ya te has constipado.

ROQUE. Es posible.

AURORA. Á no dudar.
Dormir lo mejor sería.

ROQUE. Pronto se me quitaría
como lograra sudar.

AURORA. Pues por bien poco se deja.
Abrígate, y es seguro.

ROQUE. Se va esto poniendo oscuro
y enredando la madeja.

AURORA. ¿En dónde estás?
(Al extender los brazos para buscar á su marido tropieza con don Roque que se retira asustado.)

ROQUE. ¡San Antonio!

AURORA. Y se retira el cruel.
Está haciendo mi papel.

ROQUE. (Andando por el suelo agachado buscando su bota.)

MAN. Señor, por dónde demonio...

AURORA. Ven, toma la mano; aquí.
Cese por piedad tu enojo.

ROQUE. Si yo mi botina cojo...

AURORA. (Tropieza con él, hace por levantarlo y le presenta la mano para que la bese.)
Emilio.

ROQUE. (Que está buscando por el suelo, coje el pie de Aurora.)
Ya la cogí.
Más no es mia, y adivino

estar de más mi presencia,
que no debo, por prudencia,
seguir por este camino.
(Aurora se retira disgustada, encuentra la butaca y llora en ella.)

AURORA. Pues señor, es raro á fé...
Comprendo, y aún fuera llano,
que me besara la mano
más no que se tome el pie.
(D. Roque baga por la escena buscando la bota.)
¡Qué noche tan infeliz!
Y me decían anoche
«que pase usted buena noche»
¡vaya una noche feliz!

ROQUE. Siento andar en el porton
que da paso de la calle...
corramos, que no me haïle...
(Va al foro, ve resplandor de la luz, y dice:)
Ya no es posible; al balcon.
(Se esconde en el balcon.)

ESCENA IX.

DICHOS, EMILIO con un fósforo encendido, cantando.

EMILIO. Ya estoy aqui. Qué alegría,
las luces haré brillar
para poderte admirar
á mi gusto. (Enciende las velas del candelabro.)

AURORA. ¡Virgen mia!
¿Eres tú, Emilio?

EMILIO. Es notorio.
No esperemos á despues.
Tú serás mi doña Inés
y yo tu don Juan Tenorio.
(Trata de sentarla á su lado; ella muy asustada.)

AURORA. ¿Vienes ahora? Por favor...

EMILIO. ¿No lo ves? ¿Mas qué te pasa?
Dí.

AURORA. ¡¡Qué tienes en tu casa
al mismo Comendador!!

EMILIO. Permíteme que me asombre.

Eso me parece extraño...
Si murió...

AURORA. ¡Para tu daño
tomó su figura otro hombre!

EMILIO. ¿Otro hombre bajo este techo?
¡Es un lance divertido!

AURORA. De blanco todo vestido
me llamó desde ese lecho.

EMILIO. ¿Y acudiste?

AURORA. No te digo...
Sola... abandonada... á oscuras...

EMILIO. ¿Que ha pasado, criatura?

AURORA. Que lo equivoqué contigo.

EMILIO. ¡Vaya una equivocacion!

AURORA. ¡Pero de léjos; cuidado!

EMILIO. ¡Ah! ¡Qué peso me has quitado
de encima del corazon!
(Tomando un revólver de encima de la chimenea.)
Sal, seductor... prematuro.
Cuando apénas soy marido...
Sí un instante me descuido
me divierto.

AURORA. Yo te juro...

EMILIO. No jures, que eres mujer.
¿En dónde está?
(Buscando por todas partes.)

AURORA. Si no ví...
Cuando llegastes aquí
echó al instante á correr.

EMILIO. ¡Cobarde! (Va á salir.)

AURORA. No te lo niego.
¿Te marchas?

EMILIO. Para matarle;
¡vive Dios! no ha de librarle...

AURORA. Espera.

EMILIO. No.

AURORA. Te lo ruego.
¿Qué intentas?

EMILIO. Nada, no es cosa.

AURORA. ¿Adónde vas?

EMILIO. ¡Al averno!

AURORA. Te seguiré hasta el infierno.

que para eso soy tu esposa.
(Vánse por la puerta derecha.)

ESCENA X.

D. ROQUE sale del balcon con la maleta y una bota.

¡Cuernos! ¿Si podré salvarme?
Porque dentro de mi casa,
morir así, es una guasa...
(Volviendo al balcon.)
Estaba por arrojarme...
¡Pero es tercero, canario!

MAN. (Dentro.) ¡Socorro!

ROQUE. Eso pido yo.
¿Debajo del lecho? ¡No!
(Dándose un golpe en la frente.)
¡Ya está! Dentro del armario.
(Se esconde donde dice.)

ESCENA XI.

MANUEL por el foro derecha temblando de miedo.

MAN. Un revólver descargar
quieren sobre mí, y al punto
que me declaren difunto
ya no me puedo casar.
¿Dónde iré? ¿Dónde me escondo?

EMILIO. (Dentro.) ¡Sal, traidor; sal asesino!

MAN. Voy al momento, vecino.
(Reparando en el armario.)
De aquel armario en el fondo
(Manuel corre al armario; se abre la puerta y sacando el pie D. Roque le da en el vientre.)

ROQUE. ¡Está ocupado!

MAN. ¿Qué miro?

ESCENA XII.

DICHOS, AURORA y EMILIO por el foro derecha.

EMILIO. ¡Infame, ya te encontré!
MAN. (Refugiándose detrás de Aurora.)
Señora, sálveme usted.
EMILIO. Te voy á pegar un tiro.
AURORA. No tal, que yo le defiendo.
EMILIO. ¿Tú impides?...
AURORA. Es inocente.
Lo afirma Juana, detente.
EMILIO. ¡Ah, pérfida, ya lo entiendo!
ROQUE. ¡Qué jaleo! (Entreabriendo el armario.)
MAN. ¡Qué inhumano!
EMILIO. ¡Perjura!
AURORA. ¡Qué disparate!
JUANA. Aquí traigo el chocolate.
EMILIO. (Tirando la bandeja, todos hullen.)
¡Dáselo á san Cayetano!

ESCENA XIII.

JUANA con servicio de chocolate.

EMILIO. (Al coger á Manuel por el cuello cree reconocerlo.)
Si no me engaña la vista
es un quinto este truhan.
MAN. (Reconociendo al jefe del depósito y cuadrándose.)
Y usted es mi capitan.
JUANA. Aquí vino... (Disculpándose.)
MAN. Á pasar lista.
Pero ahora mismo me voy.
EMILIO. ¿No viniste por mi esposa?
JUANA. ¡Señor, que diga tal cosa!
EMILIO. Pues como tu jefe soy
te perdono.
JUANA. Es un favor.
EMILIO. Dále gracias á tu ama.
JUANA. (Que habrá subido al foro y reparando en el lecho.)
¿Quién ha deshecho la cama?

¡Ay, Jesucristo, qué horror!

MAN. ¿Qué es eso?

JUANA. Mira.

MAN. ¡Dios santo!
¿Qué será, que no será?
(Yendo hácia la cama.)

JUANA. Quita, que te morderá.

AURORA. ¿Pero estáis locos?
(Acercándose tambien á mirar y retrocediendo despues.)
¡Qué espanto!

EMILIO. (Fijando ya su atencion.)
Me vá cargando el misterio.
¿Habeis visto á Belcebú?

AURORA. Qué se yo... Míralo tú.

EMILIO. (Sube á mirar y se para preocupado.)
Pues esto se pone sério.

AURORA. ¿Qué va á suceder aquí?

JUANA. Parece una sombra negra.

EMILIO. No digas más, es mi suegra
que se habrá escondido ahí.
Las tenazas....

JUANA. Si la topa...
(Se las dá y Emilio busca el sitio por donde llegar.)

AURORA. ¡No te expongas, hijo mio!

EMILIO. Para todo tengo brío.

MAN. Que bravo, al fin es de tropa.
(Se acerca con precaucion y resguardado de la mesa de noche, cojo la peluca.)

EMILIO. ¡Ya lo cojí por el cuello!

AURORA ¡Y la pesca es primorosa!

EMILIO. ¡Una peluca roñosa!
¿De quién es este cabello?

AURORA. Mio, no.

JUANA. Mio, tampoco.
(Ambas se tientan la cabeza ántes de asegurar que no es de ellas. Emilio repara en que Manuel está rapado.)

EMILIO. Tuyos son, y está probado;
no hay más que verte rapado.

MAN. Es verdad que tengo poco.

EMILIO. Te ha delatado el sombrero.
JUANA. ¿Suyos? ¡Pues vaya un humor!

ESCENA ÚLTIMA

D. ROQUE saliendo del armario.

ROQUE. Hágame usted el favor,
que eso es mio, caballero.
(Se quita el pañuelo de la cabeza y queda calvo.)
JUANA. ¡Ah!
EMILIO. Es esto una colmena
de zánganos que así salen...
JUANA. ¿Yo?...
EMILIO. Las mentiras no valen.
Á callar...
JUANA. ¡La hicimos buena!
EMILIO. ¿Quién es usted?
JUANA. Mi señor.
ROQUE. Soy el amo de este piso
que me fuí sin el permiso...
y vengo con el temor..
EMILIO. Yo la casa á la doncella
subarrendé el otro dia,
y por lo tanto creía
encontrarme sólo en ella.
ROQUE. Sí, ya comprendo, era el modo... (Á Juana.)
¿Y mi mujer? Ya esto es broma.
JUANA. Se marchó á buscarle á Roma.
ROQUE. Que es ir á Roma por todo.
EMILIO. Tú, al cuartel por la mañana.
¡Nosotros al tren! ¡Derecho!
Cama, que no hemos desecho...
MAN. No puedo casarme, Juana.
EMILIO. Vete y que acerquen un coche.
Adios, público querido.
ROQUE. Aplaude si te has reido
con esta PRIMERA NOCHE.

FIN.

3 0112 117492329